Enrique Mario Mendoza

8. Política, maestros y estudiantes

I

Separación

El maestro en la política activa se ve envuelto en circunstancias contradictorias y desagradables, que afectan su ritmo natural de trabajo en la cátedra, en la investigación y en sus hábitos de estudio.

El político se rodea de aspectos singulares, condiciones especiales y sobre todo de una realidad que sólo él conoce; esta realidad no es la realidad general, sino una realidad inventada por el propio político, para actuar con libertad —si se prefiere, con impunidad. El político se mofa del académico, lo juzga débil y que puede, dado el caso, derrotarlo fácilmente, mediante sus agrupaciones y basando su victoria no en el resultado de una acción lógica y superior, sino en el fruto de tácticas, que pueden llegar a ser mezquinas intrigas y desviaciones de la lealtad; en las que son hábiles los mangoneadores habituales: *“nosotros los trabajadores, la masa, los desposeídos, los proletarios, ¡triunfaremos!”*

El maestro, en cambio, casi siempre procede de buena fe; supone en otros una cultura general similar a la suya y desenvuelve sus abstracciones de acuerdo a esa posibilidad y reprueba los sistemas sindicales: *“¡ah, si todos pensarán en la gran función educativa de la Universidad!”*

La preparación del maestro, su facilidad para apreciar los mil matices y las cien formas elevadas de la cultura lo hace resumir en frases su pensamiento: *“Por mi raza hablará el espíritu”*, ello proviene de sus diversas lecturas, de su método y hábitos de análisis de la realidad pedagógica.

Este valor filosófico —aun sin ser intencionado— se contrapone al del político, y se forman dos naturalezas distintas destinadas a la beligerancia tarde o temprano; se comienza por la incomprensión de los actos: *“¿pero es posible que paralicen las clases de nuestra alma mater?”*; luego aparece el rencor pontifical:

¡se los dije, sus actos no premeditados y razonados suficientemente han motivado que nos invada la fuerza pública, con todos los desmanes que “esa gente” produce con su presencia, su incultura y su barbarie;

el siguiente paso aún no se da, porque surge el escepticismo: "*mejores tiempos vendrán*". Pero en caso de perdurar la situación, el maestro será hostil:

hagamos otra universidad, clases en otra parte, nuevos métodos, nuevos alumnos, nuevas situaciones; al fin ya contamos con la prueba de que somos capaces de salir de las aulas invadidas por el sindicato o por la policía; nosotros somos la universidad, damos estudiantes "que estudien" y seremos la universidad, otra vez la universidad: siempre eterna, inmarcesible y renovada gracias a nuestros esfuerzos, y a pesar de lo que digan esas masas manipuladas.

La beligerancia no se exterioriza por lucha, sino en un secreto rencor, en una sorda divergencia que no siempre es visible. A lo sumo el político dice del maestro que es un ingenuo, que vive en los libros, es sólo un *intelectual*. El maestro cuando puede dice del político: es un vulgar, un materialista, sólo atento a la prebenda o negociación.

II

Reflexión

El maestro tiene por naturaleza de su función manejar ideas y efectúa observaciones, en juicio de sí mismo, que en ocasiones toma los caracteres de la más desagradable petulancia. El amor propio, cuando es exagerado, se convierte en la egolatría absurda y un ególatra es un personaje que en países propensos a la burla y al sarcasmo está siempre a un paso de ser colocado en lamentable evidencia.

La política maneja realidades inmediatas, se mueve entre seres de precaria condición espiritual, a los cuales debe ganarse no con ideas o con abstracciones, sino con favores concretos. El idealista, como el maestro, no puede ofrecer cosas prácticas, sino caminos para llegar a una transformación social que permita lograr esas realizaciones concretas. El político mexicano tiene una ventaja sobre el maestro: lo sobrepasa en la medida de su capacidad práctica en el manejo de ciertas formas brillantes y superficiales, que son del agrado de las colectividades. El lenguaje del maestro deja una insatisfacción en la *base*; es el lenguaje de un ser que planea siempre en otra atmósfera.

El individualismo del maestro es también una dificultad para la disciplina que es la base de toda agrupación política (véase el caso de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde el 8 por ciento de profesores apoyaron el movimiento; Facultad que puede vanagloriarse de liberal).

El espíritu gregario de las colectividades no está de acuerdo con la naturaleza independiente del maestro y así, cuando el maestro somete su temperamento al de las mayorías que ordenan, no es tal fenómeno, sino una circunstancia transitoria, que luego desaparece sacrificada por el orgullo que le hace recuperar su independencia, al analizar la capacidad de esas mayo-

rías que acaban por quebrantar su fe. A esto debemos añadir otra circunstancia penosa: la seguridad para él de que todos o gran parte de los que componen esas mayorías no se mueven en homenaje a ideales altos, sino sólo por circunstancias subalternas, por ambiciones de poca cuantía.

III

Conciliación

Existe, desde luego, una posición política entre los maestros, y no es necesario que se confunda con los políticos activistas. Si el maestro siente la naturaleza de los problemas que suscita la realidad, no creemos que deba mezclarse en la lucha política para hacer valer su pensamiento. Su papel consiste en mostrar en las aulas los problemas, en agitar las conciencias, revelando lo que la ceguera colectiva no alcanza a distinguir. El examen de la realidad no supone inmersión en la política, ¿por qué exigirle que vaya a activar en los mítines, en las plazas o en los pasillos, en donde no se le considera con jerarquía alguna?

Los maestros, los grandes maestros de todo el mundo, han conseguido los cambios mediante la cátedra, recordemos a fray Luis de León, pero no en la vía pública.

El maestro debe de estar en la situación de defender lo máspreciado de la vida, la libertad y la cultura, y no sólo una aparente cobertura democrática, que no puede darse cuando la ofrece el propio aparato gubernamental.

Cuando el maestro, por miopía, va a luchar en las asambleas o forma parte de grupos activistas, sobre todo juveniles, advierte su error: se le usa, se le aprovecha sólo en la votación y no en su capacidad; entonces vuelve a lo suyo, el aula, en donde muchos escucharán con interés y en muchos se abrirá la ventana del ideal, para recomenzar siempre la lucha contra las injusticias.

IV

Los estudiantes

Cada vez que surge un problema de carácter nacional, algunos estudiantes muestran inquietud por ellos y el número de participantes crece cuando estos problemas afectan la vida académica.

Se ha observado que ante situaciones concretas, los estudiantes muestran interés en participar; sin embargo ni los objetivos ni la continuidad parecen darse en ellos, un ejemplo del pasado podría ser el movimiento de 1968 y su repetición en 1971; los tres años intermedios parecen carecer de sentido para la mayor parte de los que tuvieron algún interés.

Ahora en 1977 observamos esta misma situación y nos interesan conocer cuáles son los móviles que los impulsan y para ello efectuaremos un breve

análisis: en primer lugar, ¿cuál es su tipo de participación?; en segundo, ¿cuál es su intensidad?; en tercero, ¿qué objetivos persiguen y qué desean satisfacer con sus actos?

Pasamos por alto la idea de que existen móviles ocultos.

Conocer la ideología del conglomerado universitario y el grado de relación entre ellos, de tal manera que averigüemos cuál es el factor de mayor peso y cuál es su contenido.

En caso que la ideología no sea elemento de mayor importancia, ¿entonces cuál es su interés?

Hablando con los estudiantes en clase, o escuchándolos en los mítines, notamos que la influencia de los profesores a través de las cátedras de historia los han convencido de que juegan un papel importante en el desarrollo del país.

Por varios medios de difusión aprendieron que México es un país de jóvenes.

Por otra parte, al no encontrar en los hogares ni en la sociedad un lugar en donde manifestar su pensamiento, intentan agruparse cuando tienen afinidad de ideas.

Rechazan, quizá por falta de confianza, las organizaciones juveniles emanadas del Estado, como el caso del INJUVE.

Es del dominio público que la mayor parte de los estudiantes prefieren abstenerse; por lo tanto, este ensayo se enfoca a los que hemos llamado activistas; encontramos que algunos planteles universitarios sólo tienen estudiantes que se dedican a tareas académicas y en otros que un buen número participa en asuntos políticos. En estos planteles, como en los CCH, los profesores son también jóvenes y motivan a sus grupos en las acciones políticas; en cambio, en la Escuela Nacional Preparatoria, o Ingeniería, o Administración Pública piensan en problemas escolares muy diferentes a los que prefieren la actividad social, como en el caso de la Facultad de Ciencias Políticas o la de Economía.

Esto nos lleva a una conclusión, el tipo de escuela y las asignaturas mueven a buscar en la sociedad el laboratorio para realizar "en vivo" las teorías bibliográficas; consideramos que el interés de la participación aumenta o disminuye de acuerdo a los planes de estudio.

Es muy clara la participación minoritaria, pero surge la pregunta, ¿por qué la mayor parte y por qué ciertas escuelas no manifiestan inconformidad? Da la impresión que la apatía es el resultado de estudios hechos sin vocación, o bien que la información periodística no llega más que a los interesados que la buscan; por supuesto también que una vocación muy definida no permite desviaciones de índole social. También es probable que algunos estudiantes maduran posteriormente en intereses colectivos y entonces participan para ayudar o para contrarrestar las actividades políticas.

Es conveniente entonces enfocar nuestra atención entre la personalidad del estudiante participante y los líderes políticos, o por lo menos de la ideo-

logía que él ha escogido, y preguntarnos si ésta no sólo se enfoca a la acción, sino además cumple otras funciones.

¿Cuáles serán los rasgos que definen la colectividad grupal en que el estudiante se asocia para estas actividades?

En resumen, cuatro pueden ser los motores que impulsan a los estudiantes: a) La ideología; b) Las aspiraciones; c) Los motivos, y d) La personalidad.

Para la ideología creemos que la propaganda es la que les comunica pensamientos, por lo menos en aquellos que leen, que estudian, analizan e investigan problemas políticos.

Podemos añadir que la carismática de algunos líderes resulta un imán motivador para sus actos. Por el contrario, a los estudiantes no interesados en la acción, estos aspectos le son reprobatorios, superficiales e incluso van en contra de sus ideas.

El aspecto ideológico contiene en su definición una mayor complejidad; sin embargo, considerados los activistas en grupo, se encuentran rasgos de común denominador que nos permite definirlos: se trata de jóvenes con una construcción intelectual coherente que intenta explicar o justificar las actitudes del hombre en el medio en que vive, incitándose para actuar en una dirección determinada conforme a un juicio, con sus características morales psicológicas e incluso ambiguas siguiendo la pauta fenomenológica que los llevan a los análisis y a la síntesis de sus pensamientos tipológicos.

Por lo que respecta a las aspiraciones, podemos agruparlas en tres rubros; el primero, su autorrealización mediante ideales, valores y vocación tanto personales como políticos; segundo, de seguridad social, que los identifica con un grupo al que desean pertenecer y ser aceptados mediante actitudes de cooperación y respecto al resto del grupo, por medio de lo que él considera una disciplina cooperativa, y cuida constantemente no ser rechazado por los demás, lo cual nos lleva al tercer aspecto. Reconocimiento social. El grupo al que pertenecen a su vez está supeditado a una organización que puede ser de una sociedad, de un país, de un continente, o de una reunión de países, por ejemplo: el tercer mundo, con la intención de que en alguna ocasión sea del planeta entero, ejemplo: el socialismo, el capitalismo, etcétera. Este reconocimiento de amplio ámbito social no está reñido con su propio prestigio y *status* social e incluso (sobre todo en aquellos que proceden de una clase socialmente baja) con su mejoramiento económico.

Los motivos

En este aspecto veremos aquellos que afectan al individuo, y los que son propios del grupo al que se ha suscrito por coincidencia de ideales.

Los más importantes son los primeros, porque la individualidad prevalece ante la colectividad, ya que bastará un cambio de política (procedimiento) para que la persona abandone el grupo o al menos lo cuestione provocando en él división. Los valores individuales lo obligan a mantener una posición y sólo los cambia cuando nota en ellos un grado mayor de calidad; la estruc-

tura personal crece en los individuos de acuerdo al ambiente social que lo rodea: así el hogar, la escuela, la zona de su domicilio y sus amistades, marcan en él un sello indeleble sólo modificado por su ambición, que en este caso es de carácter político; la universidad lo conecta con otras posibilidades, y nace una fuerte identificación de grupo y comienza su actuación activista. No es de extrañar que alumnos provenientes de altas esferas o de escuelas particulares se abstengan visiblemente de actuar o bien contrarrestan las opiniones que intentan cambios estructurales, pero a su vez no existe una actitud claramente marcada, ya que entre ambos extremos existe un matiz de carácter moral, aunque éste es mínimo.

La tipología pudiera ser casual, y suele momentáneamente modificar a los individuos ante un hecho que les afecte colectivamente; por ejemplo, la subjetividad de la autonomía universitaria; pasado el peligro global generalmente vuelven a ideologías particulares. Estudiantes de diverso grado de estudios manifiestan actitudes sorprendentemente disímolas; así por ejemplo, son más reflexivos los que están a punto de terminar su carrera y un poco menos los de nivel bachillerato.

Por último la personalidad

Un estudio psicológico nos muestra que las actitudes individuales no son del todo aisladas, sino que intentan producir un modelo, asociándose por un lado los extrovertidos que prefieren la acción directa y por otro los introvertidos que se inclinan a lo teórico y a lo idealista.

En ambos casos se dan límites de autoritarismo en los actos, o de democratización.

Sin embargo, la personalidad es moldeable y cambiante, con reflejos del pasado que cada vez son más débiles ya que buscan su identificación colectiva.

Conclusiones

1. Los maestros en su mayor parte prefieren la acción pedagógica.
2. Los políticos (que pueden ser maestros o trabajadores) prefieren la acción oportunista, visible y resonante, y saben que aunque cada acción suya va a provocar una reacción, deberá estar listo para nuevas actividades (es por ello que se contesta la propaganda de un bando a otro con ideas cada vez más agresivas).
3. Los estudiantes no muestran una característica formal y suelen cambiar su opinión; sin embargo en ellos descansa la actividad física de los actos políticos.
4. En este estudio podemos obtener una última consideración, la universidad es un organismo vivo compuesto con personas con múltiples intereses, en ello radica lo complejo de los actos; sin embargo son los políticos los que tienen una mayor claridad de lo que se proponen, se incluye el interés personal y los *compromisos* extrauniversitarios.